

TEODORO DE MOPSUESTIA

**EL PADRENUESTRO,
EL BAUTISMO
Y LA EUCARISTÍA**

CATEQUESIS MISTAGÓGICAS XI-XVI

Edición preparada por
FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ SÁEZ

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2021

Traducción de FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ SÁEZ sobre el original en lengua siríaca,
así como la presentación y las notas de esta edición

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2021
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2111-3
Depósito legal: S. 372-2021
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

INVITACIÓN A LA LECTURA, de Francisco J. López Sáez	9
<i>Bibliografía para continuar el estudio</i>	14

CATEQUESIS MISTAGÓGICAS

CATEQUESIS SOBRE EL PADRENUESTRO	21
Padre nuestro (que estás) en el cielo	29
Santificado sea tu Nombre	32
Venga tu Reino	33
Hágase tu voluntad, lo mismo que en los cielos así en la tierra	34
El pan de nuestra necesidad dánoslo hoy	37
Y perdónanos nuestras deudas	40
Como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores	40
No nos dejes entrar en la tentación	42
Sino líbranos del Maligno	43

CATEQUESIS SOBRE EL BAUTISMO

Primera catequesis	45
Segunda catequesis	75
Tercera catequesis	97

CATEQUESIS SOBRE EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO

Primera catequesis	131
Segunda catequesis	175

<i>Índice de referencias bíblicas</i>	219
---	-----

INVITACIÓN A LA LECTURA

FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ SÁEZ

Era de justicia que finalmente aparecieran en castellano las *Catequesis mistagógicas* del influyente teólogo antioqueno Teodoro de Mopsuestia.

Quienes han tenido la suerte de acercarse a los escritos de este influyente escritor, lo han hecho mayoritariamente a través de ediciones francesas, inglesas o italianas. Urgía, pues, sacar a la luz una traducción castellana fiable realizada desde el arameo, que es la lengua original en la que esta obra ha llegado hasta nosotros.

Nuestra edición ha decidido comenzar por la segunda parte de las *Catequesis*, en concreto por las seis últimas, dedicadas a la explicación del padrenuestro y de los «misterios» del bautismo y la eucaristía a partir de sus respectivos ritos litúrgicos. Las catequesis precedentes, de carácter dogmático, exponen con detalle el Símbolo de la fe a partir de los debates y las decisiones de los Padres que participaron en los concilios de Nicea (325) y de Constantinopla I (381)¹.

1. La tradición manuscrita utilizada por Alphonse Mingana, que fue el primero en editarlas entre 1932-1933, se presenta en dos series distintas, terminadas cada una por un *Explicit*. La primera se titula *Explicación del Credo* y consta de diez discursos, mientras que la segunda contiene los últimos seis, titulados *Explicación de los misterios de la santa Iglesia*, es decir, el padrenuestro, el bautismo y la eucaristía. Para nuestra versión castellana hemos tomado el texto siríaco de esta segunda parte: A. Mingana *Commentary of Theodore of Mopsuestia on the Lord's Prayer and on the Sacraments of Baptism and the Eucharist*, Cambridge 1933. Nos hemos apoyado en la traducción ofrecida en *Les Homélie cathédétiques de Théodore de Mopsuestie*, reproduction photographique du Ms. Mingana Syr. 561, ed. R. Tonneau - R. Devresse, Città del Vaticano 1949.

1. *Apuntes sobre su vida*

Teodoro nació en Antioquía, de una familia distinguida, hacia 350. Fue formado por el célebre maestro de retórica Libanio. Ligado en amistad con uno de los personajes más relevantes del Oriente cristiano, Juan Crisóstomo, recibió por su influjo el bautismo a la edad de veinte años, retirándose después al *asketikon* (grupo de ascetas entregados a la oración y el estudio bíblico) que dirigía Diodoro, fundador de la escuela teológica de Antioquía.

Durante aquellos primeros años de vida ascética, Teodoro sufrió una crisis vocacional en la que sopesó la posibilidad de casarse, ejercer la abogacía y establecerse en la sociedad. Pero su amigo Crisóstomo lo disuadió dirigiéndole su escrito *Ad Theodororum lapsum*². Vuelto al lugar de su estudio y retiro ascético, fue ordenado sacerdote por Flaviano, patriarca de Antioquía, en 383, y posteriormente se estableció en Tarso junto a su antiguo maestro Diodoro, a la sazón obispo de la ciudad.

El año 392, tras las célebres controversias con los obispos macedonios en Anazarba sobre la encarnación, Teodoro fue nombrado obispo de Mopsuestia. Así se pretendía cubrir una de las sedes vacantes del patriarcado de Antioquía, dividido por cismas y herejías, con un hombre de doctrina ortodoxa.

Teodoro murió en 428, llegando a ser el maestro más relevante de la escuela teológica y exegética de Antioquía.

2. *Un pensador en entredicho*

El destino de este grandísimo teólogo se verá turbado póstumamente por las violentas controversias cristológicas que marcarán el debate teológico y político de los siglos V y VI.

Cirilo de Alejandría, en su campaña antinestoriana, lo acusará de ser el maestro de Nestorio. Ibas de Edesa reivindicará su ortodoxia, elogiándolo en el concilio de Calcedonia, lo cual levantará las hostilidades de los monofisitas. Finalmente, como

2. PG 47, 277-316.

resultado de la Controversia en torno a los *Tres Capítulos*, será condenado junto con Ibas de Edesa y Teodoreto de Ciro en el Concilio II de Constantinopla el año 533, a partir de extractos de sus obras tomados de un florilegio nada riguroso³. Como consecuencia de esta condena, se puso en marcha un proceso de *damnatio memoriae*, que provocó la desaparición de casi todas las obras de Teodoro en su lengua original, el griego.

No obstante, la providencia quiso que las escuelas de la Iglesia del Oriente (la así llamada Iglesia «nestoriana»⁴), al considerarlo el «Intérprete» por antonomasia de la tradición exegética, emprendieran un minucioso trabajo de traducción y conservación de su patrimonio en lengua aramaica siro-oriental.

Su influjo será preponderante hasta el siglo VII, fecundando la reflexión teológica y espiritual de los grandes místicos de aquella populosa Iglesia, entre los que destaca Isaac de Nínive, que lo cita constantemente⁵. Es tanta la importancia que la Iglesia del Oriente atribuye a Teodoro de Mopsuestia que una de las plegarias eucarísticas de la liturgia caldea lleva su nombre.

3. *Las «Catequesis mistagógicas»*

Esta es quizá la única obra de la que podemos asegurar que se salvó casi al completo de la destrucción. Por este motivo, nos permite acercarnos a la teología y espiritualidad de Teodoro con suficiente rigor.

3. Cf. J. M. Lera, «... y se hizo hombre». *La economía trinitaria en las Catequesis de Teodoro de Mopsuestia*, Universidad de Deusto - Mensajero, Bilbao 1977, 28-29.

4. Hoy se subraya que este pretendido nestorianismo de la Iglesia del Oriente es una cuestión más que nada terminológica, como consecuencia de una necesidad de independencia cultural y política de la Iglesia de Persia, obligada a contraponerse a la Iglesia bizantino-occidental para no ser vista como aliada de los enemigos políticos de la nación. De hecho, los grandes místicos de esta Iglesia del Oriente, basados en la teología de Teodoro, tienen una concepción cristológica que la Iglesia bizantina considera ortodoxa y aprecia en todo su valor. Cf. S. Chialà, *Dall'ascesi eremitica alla misericordia infinita. Ricerche su Isacco di Ninive e la sua fortuna*, Leo S. Olschki, Firenze 2002, 17ss.

5. Cf. *ibid.*, 92-101.

Las *Catequesis mistagógicas* fueron pronunciadas por nuestro autor en Antioquía, siendo aún sacerdote, durante el breve periodo de preparación que precede la Pascua.

Contrariamente al uso habitual en este género de catequesis⁶ –como vemos, por ejemplo, en la iniciación mistagógica de un contemporáneo del antioqueno, Cirilo de Jerusalén–, Teodoro antepone la explicación de los ritos bautismales a la celebración del sacramento del bautismo. Sin embargo, las catequesis sobre la eucaristía, como hacen el resto de autores, se imparten una vez que los neófitos han celebrado el santo sacrificio, para explicar el sentido de los gestos y las palabras que lo articulan.

Nuestro autor, con un estilo vivo y directo, desarrolla en sus *Catequesis* una concepción del bautismo como acceso a la vida nueva de la resurrección, incoada místicamente por el sacramento del agua y del Espíritu, y alimentada por la eucaristía. Esta constituye el don por excelencia del Sumo Sacerdote, Jesús resucitado, quien, con su entrada en el Santuario celeste por el sacrificio de la cruz, ha culminado la humanidad del hombre como Templo del Espíritu, según la Epístola a los hebreos, que es la base de la concepción cristológica y antropológica de Teodoro.

El realismo de la gracia del bautismo y el realismo del sacrificio eucarístico como acceso al Reino entrañan para esta tradición teológica otro realismo profundísimo, el de la vida cristiana como experiencia de la resurrección anticipada en la existencia del creyente. Ser cristiano, nacido del agua y alimentado por la eucaristía, es vivir como resucitado en un mundo en el que, fenomenológicamente, aún aguarda la muerte. Esta experiencia radical no es otra cosa que la última inserción, por el amor obediente, de la persona cristiana en el mismo sacrificio con el que Jesús, el Hombre nuevo, se adentra en la eternidad con su carne humana «sumo-sacerdotal», hecha una sola cosa con la vida trinitaria al ser asumida por el Hijo de Dios.

6. Cf. G. Cavallotto, *Catecumenato antico. Diventare cristiani secondo i Padri*, EDB, Bologna 1996; P. L. Gavriilyuk, *Histoire du cathécuménat dans l'Église ancienne*, Cerf, Paris 2007.

La vida cristiana en su variedad de formas, y ejemplarmente la vida monástica del solitario, es concebida por los autores que beben de Teodoro –la línea espiritual siro-oriental que va desde Juan de Apamea hasta Martyrius Sakhona, Dadisho Qatraya, Simón de Taibuteh, Isaac de Nínive, Yauseph Hazzaya, Yohanan de Dalyatha⁷– como la vida de un embrión que anhela el nacimiento y elabora consciente y activamente en el seno de este mundo el cuerpo de la vida nueva, que emergerá del *sheol* definitivamente instaurado en la inmutabilidad de la resurrección, en la *katastasis* de la nueva creación. Tal es la trama de la existencia cristiana en todas sus dimensiones, en el realismo de la esperanza.

4. *Nuestra edición*

Para la presente versión, utilizamos un texto siríaco que traduce a su vez un texto griego. Traducir un texto no solo ni principalmente consiste en verterlo a las palabras más o menos equivalentes de la lengua de llegada, lo cual podría realizarse en teoría de un modo puramente mecánico, sino colorearlo con todo el trasfondo cultural, con los ecos del patrimonio espiritual de dicha lengua y de las categorías específicas.

Así, el texto griego de Teodoro es recreado con la terminología de la lengua aramea de Nísibe, cargadas ya con una riquísima herencia teológica, densas de sentido y cinceladas según la lectura litúrgica de la versión aramea de la Biblia, la antigua Peshitta oriental.

Por esta razón, y sin perder de vista que el original fue escrito en griego, comentamos en las notas los términos teológicos teodorianos acudiendo al fondo propio de la mentalidad y la es-

7. Cf. A. Desreumaux (ed.), *Les mystiques syriaques*, Geuthner, Paris 2011; S. Maroki, *Les trois étapes de la vie spirituelle chez les Pères syriaques: Jean le Solitaire, Isaac de Ninive et Josph Hazzaya. Source, doctrine et influence*, L'Harmattan, Paris 2014; R. Beulay, *La Lumière sans forme. Introduction à l'étude de la mystique chrétienne syro-orientale*, Chevetogne 1987; *L'enseignement spirituel de Jean de Dalyatha, mystique syro-oriental du VIII^e siècle*, Beauchesne, Paris 1990.

piritualidad semitas, de las que ya se alimentaba la lengua griega cristiana de la tradición antioquena. No faltarán referencias a la liturgia caldea y a los maestros espirituales de la Iglesia del Oriente, que beben de Teodoro o que prolongan su mismo rito litúrgico. Yendo así de los frutos a la semilla, podremos apreciar, en el exhuberante ramaje de la lengua aramaica que nos ha conservado el tesoro de estas Catequesis, las raíces antioquenas de una gran corriente oriental de teología y de espiritualidad. De hecho, no será solo el nombre del obispo de Mopsuestia lo que marcará el desarrollo posterior de la tradición siro-oriental, sino también y sobre todo sus ideas de fondo.

BIBLIOGRAFÍA PARA CONTINUAR EL ESTUDIO

SOBRE TEODORO DE MOPSUESTIA

- Bruns, P., *Den Menschen mit dem Himmel verbinden. Eine Studie zu den katechetischen Homilies des Theodor von Mopsuestia* (Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium 549, Subsidia 89), Peeters, Louvain 1995.
- Chialà, S., *Dall'ascesi eremitica alla misericordia infinita. Ricerche su Isacco di Ninive e la sua fortuna* (Biblioteca della Rivista di Storia e Letteratura Religiosa, Studi 14), Leo S. Olschki, Firenze 2002, 92-101.
- Devresse, R., *Les instructions catéchétiques de Théodore de Mopsueste*: Revue des Sciences Religieuses 13/3 (1933) 425-436.
- Lera, J. M., «... y se hizo hombre». *La economía trinitaria en las Catequesis de Teodoro de Mopsuestia*, Universidad de Deusto - Mensajero, Bilbao 1977.
- Norris, R. A., *Manhood and Christ. A Study in the Christology of Theodore of Mopsuestia*, Clarendon, Oxford 1963.
- Reine, F. J., *The Eucharistic Doctrine and Liturgy of the Mystagogical Catecheses of Theodore of Mopsuestia* (Studies in Christian Antiquity 2), The Catholic University of America Press, Washington DC 1942.

CATEQUESIS MISTAGÓGICAS

SOBRE EL PADRENUESTRO, EL BAUTISMO
Y LA EUCARISTÍA

Apoyados en tu poder,
Señor nuestro Jesucristo,
comenzamos a escribir la
EXPLICACIÓN DE LOS MISTERIOS
del mismo bienaventurado Mar Teodoro.
Señor, ayúdame
y hazme llegar hasta el final.
Amén.

[Oración del copista al iniciar su tarea]

CATEQUESIS SOBRE EL PADRENUESTRO

1. Tras exponer, ayudados por la gracia de Dios, lo que concierne al Símbolo de la fe que nuestros bienaventurados Padres compusieron para nuestra enseñanza, según los términos de las divinas Escrituras¹, avanzamos en nuestra instrucción catequética² siguiendo la tradición de nuestro Señor, quien nos encomendó bautizar «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Será bello³, pues, que digamos hoy todo lo necesario sobre la oración que nos fue entregada por el Señor. Nuestros Padres la adjuntaron a las palabras del Credo porque, después de este, tiene que ser también aprendida, conocida y retenida en la memoria⁴ por aquellos que se acercan a abrazar la fe del bautismo. En efecto, nuestro Señor mismo, tras haber dicho: «Id, haced discípulos a todos los pueblos, y bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», añadió: «Y enseñad-

1. Se refiere a la primera parte de sus catequesis, de carácter dogmático, donde desarrolla artículo por artículo el Credo de Nicea. Cf. R. Tonneau - R. Devresse (eds.), *Les Homélie cathéchétiques de Théodore de Mopsueste. Reproduction phototypique du Ms. Mingana Syr. 561*, Città del Vaticano 1949.

2. *talmed*, literalmente: «para hacernos discípulos».

3. Es decir, se trata de algo coherente con el conjunto, es conveniente, bueno... Pero todos estos sentidos se recogen en el calificativo «bello».

4. *tetylep*, *tetyda'*, *tetlebak*. Estos tres verbos desarrollan el proceso de la enseñanza oral. El discípulo debe primero aprender (lo cual conlleva escuchar y guardar en la memoria), después conocer (comprender, meditando la palabra sintética aprendida y desarrollando sus ecos y consecuencias) y finalmente transmitir (aquí, retener en la memoria, pero precisamente para poder transmitir con fidelidad lo aprendido y comprendido). Una última etapa, que corresponde con el momento anagógico de la lectura de la Escritura, conduce a la adoración y la experiencia mística como fruto de la palabra escuchada y aprendida, comprendida y transmitida.

les a guardar todo lo que yo os mando» (Mt 28, 19), para mostrar que, junto con la doctrina piadosa⁵ y la rectitud del conocimiento, nos es necesario poner un gran empeño para que nuestra vida se corresponda con las recomendaciones divinas⁶ y las ratifique⁷. Por este motivo, a las palabras del Credo les añadieron la oración, en la que se encuentra con suficiente amplitud una doctrina sobre las conductas⁸, aquella doctrina que nuestro Señor encerró en breves⁹ palabras y transmitió a sus discípulos. Toda oración,

5. Literalmente: «la doctrina del temor de Dios», expresión que indica la doctrina ortodoxa.

6. *puqdâne*, mandamientos, pero los entendemos mejor en arameo si añadimos el matiz de la «recomendación».

7. Corresponder y ratificar, dos matices del mismo verbo, *slem*, que significa también terminar, entregar. Ratificar es poner el sello del *Shalom* divino sobre la propia vida, el saludo con que Dios constata el cumplimiento de nuestra vida según su plan.

8. *dubâre*, la conducta moral justa, imprescindible para que la oración sea auténtica y fructífera. La oración misma es la fuente de la enseñanza sobre la vida: *lex orandi, lex vivendi*.

9. El tema de la brevedad de la enseñanza evangélica, ardiente como una brasa, es tradicional en la conciencia eclesial de los antiguos. La tradición judeo-cristiana, que lee el versículo de Is 10, 23 según la Peshitta, es decir, la Biblia en lengua siríaca: «Porque algo resumido (o ardiente como una brasa, *gmuryâ*) y [palabras] concisas hará el Señor Poderoso para toda la tierra» (cf. Rom 9, 28, Vulgata Clementina: «Verbum enim consummans, et abbrevians in æquitate: quia verbum brevium faciet Dominus super terram»), discierne en él la promesa de un compendio resumido de la Ley, un anuncio de la «ley breve» o clave operativa de la Torá, que será el Evangelio condensado oralmente y transmitido en su simplicidad, llena de semillas y ardiente como brasa. Así lo interpreta Ireneo de Lyon haciendo referencia, precisamente, al amor como compendio de la Ley: «Ahora bien, si los profetas han vaticinado que el Hijo de Dios debía manifestarse sobre la tierra y han predicho el lugar, la manera y la forma de su manifestación sobre la tierra, y si en el Señor se han cumplido todas estas predicciones, nuestra fe en Él está bien fundada, es auténtica la tradición de la predicación, es decir, el testimonio de los Apóstoles. Estos, enviados por el Señor, han predicado por el mundo entero que el Hijo de Dios había venido para sufrir la Pasión, la había soportado para destruir la muerte y dar vida al cuerpo, y que dando fin a la hostilidad hacia Dios, es decir, a la iniquidad, hemos de obtener su paz cumpliendo lo que es de su agrado. Así nos ha sido dado a conocer por los profetas cuando dicen: «¡Qué hermosos son los pies de los mensajeros que anuncian la buena nueva de la paz, que pregonan la alegre noticia del bien!» (Is 52, 7; Rom 10, 15). Isaías dice que estos mensajeros vendrían de Judea y de Jerusalén para anunciarnos la palabra de Dios, que para nosotros es también ley: «Pues de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la palabra del Señor» (Is 2, 3). David afirma que habían de predicar por toda la tierra: «A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe

en efecto, cualquiera que sea, constituye una enseñanza sobre la vida para todo aquel que se aplica a observar el deber. Porque, tal como queremos que sean nuestras conductas, así nos habremos de esforzar para que sea también nuestra oración. En efecto, quien asume el yugo suave (Mt 11, 30) de la virtud y se aplica a poner en práctica las cosas que a Dios le agradan, más que en toda otra cosa pone su empeño en la oración. Pero quien no se aplica ni siquiera a una de las virtudes y no asume la carga de hacer lo que a Dios le agrada, es obvio que será negligente también respecto a la oración.

2. Y del mismo modo que, cuando amamos a una persona más que a las demás, siempre nos agrada encontrarla, convivir y conversar íntimamente con ella, mientras que cuando alguien no nos satisface no hacemos ningún esfuerzo por encontrarlo y hablar con él, así aquellos que tienen a Dios en su inteligencia profunda¹⁰ y muestran una gran solicitud en llevar a la práctica lo que a Dios le complace oran cada día con constancia, considerando que es durante el tiempo dedicado a la oración cuando ha de llevarse a cabo del modo más apropiado el ejercicio de conversar con Él en íntimo trato. Pero quien desprecia las cosas divinas y pone su cuidado en las otras cosas, este no se aplicará tampoco a la oración. Por esta causa también el bienaventurado Pablo nos recomienda que oremos sin cesar (1 Tes 5, 17), con el fin de que, por la perseverancia en la oración, se afirmen en

su palabra' (Sal 18, 5). Pero no es con la locuacidad de la ley como se salva el género humano, sino con la brevedad y precisión de la fe y de la caridad. Isaías dice: 'Una palabra concisa y breve en la justicia, porque Dios enviará una palabra concisa, con eficacia, sobre toda la tierra' (Is 10, 23; Rom 9, 28). De ahí que Pablo afirme: 'El amor es la plenitud de la ley' (Rom 13, 10). Pues el que ama a Dios cumple la ley. Cuando le preguntaron al Señor: '¿Qué mandamiento es el primero de todos?', respondió: 'Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu fuerza; y el segundo es similar a este: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden la ley y los profetas' (Mc 12, 30; Mt 22, 37). Así pues, con la fe en Él ha crecido nuestro amor por Dios y por el prójimo, haciéndonos piadosos, justos y buenos. Es por esto por lo que ha enviado con eficacia 'una palabra concisa sobre la tierra', en el mundo» (Ireneo de Lyon, *Demonstración de la predicación apostólica*, c. 86-87, Madrid 2001, 209-210).

10. En la *tar'itá*, la inteligencia o el fondo de la conciencia.

nosotros el amor de Dios y el celo por su voluntad. Según esto, también nuestro Señor, que era hombre por su apariencia exterior y por naturaleza, con el fin de proponer por sus propios actos este tipo de vida y de conducta, se aplicaba intensamente a la oración. Así pues, se ocupaba durante el día de la enseñanza de las normas de la justicia¹¹, pero reservaba el tiempo de la noche para la obra de la oración. Y con este propósito se iba a un lugar desolado¹², para enseñar que aquel que ora debe antes liberarse de todas las cosas, si realmente la mirada de su alma ha de permanecer en Dios, fijarse en Él y no dejarse distraer por cosa alguna. A esto se debe que Él mismo eligiera tanto los tiempos como los lugares precisos para, sustrayéndose a sí mismo de todas las perturbaciones que puedan existir, salvarnos a nosotros de aquellas por las que nuestra alma pudiera verse eventualmente removida y atemorizada y, a menudo de modo involuntario, apartada de lo que se había propuesto.

3. Al ver a Jesús actuar de esta manera, como dice el bienaventurado Lucas, los discípulos, acercándose a Él, no pudieron por menos que preguntarle: «¿Y cómo hay que orar?, porque también Juan lo ha enseñado a sus discípulos» (Lc 11, 1); y, en las brevísimas palabras de la oración dominical, les transmitió una enseñanza perfecta¹³, diciendo: «Vosotros es así como debéis orar: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad, lo mismo que en los cielos así en la tierra; el pan de nuestra necesi-

11. De las «justicias», *dzâdqân*, según la justicia del Reino. Se trata de la enseñanza, *malpânutâ*, contenida en el Evangelio, especialmente en el Sermón del monte de Mateo.

12. *hurbâ*, que da su raíz al monte Horeb. Se trata del tercer nivel del desierto en la experiencia bíblica, el lugar de la transformación interior. En hebreo los cuatro niveles del desierto, de la menor a la mayor desolación, son: *midbar* (lugar seco, pero al que se pueden llevar a pastar los rebaños, como Moisés), *'arabah* (seco y estéril, verdaderamente solitario), *horbah* (lugar desolado y devorado, espacio de transformación espiritual) y *yeshimon* (un grado de devastación que deja al hombre abrasado ante el terrible misterio de Dios; Dt 32, 10). Cf. J. F. Froger - J. P. Dourand, «Le désert et l'onagre», en *Le Bestiaire de la Bible*, ilustr. R. Barthélémy, Méolans-Revel 1994, 203-208.

13. O: les transmitió toda una brasa (*gmirutâ*).